

(88)

~~~~~

## CAPITULO IV.

~~~~~

Despues del desayuno, Teodoro se retiró al despacho, donde resolvió confinarse cuanto pudiese, no porque creyese tener que temer por su reposo estando cerca de la hija de su bienhechor; pero hubiera tenido un gran pesar en causar la mas ligera inquietud á su buen padre. Sin embargo, conoció que no siempre podria evitarlo.

Miss Eva por su parte no tenia para verle sino el simple deseo de la curiosidad: era natural que quisiese conocer un persona-

(89)

ge tan singular, y al mismo tiempo tan interesante; porque su padre nada la habia ocultado, ni el servicio que le habia hecho, ni la nobleza de los sentimientos que él habia manifestado despues. El tenia, sin duda, en el fondo de su corazon alguna cosa que daba un grado mas á su curiosidad; pero este es un secreto solo para ella, y esperaremos á que por sí misma le descubra.

Apenas Eva se desayunó, halló un pretesto de bajar á la cocina. Teodoro no estaba ya: preguntó con un tono de indiferencia á Rebecca, si este jóven parecia de un buen natural en vista de tenerle por insociable.

«Tiene el aire bastante bueno,

Miss , respondió Rebecca ; pero no habla apenas: yo imagino que hablaría mas si yo fuese mas jóven.»

Miss Eva se sonrió, y continuó sus preguntas. ¿Es grande?

— No, Miss; no tiene lo que se llama grande estatura; pero es regular, y tal como es.... Por lo demas es un jóven de carácter y valor sin afectacion.

— ¿Pues cómo lo sabeis?

— Yo os diré , Miss , porque suele algunas veces que estoi de prisa limpiar algun cuchillo; pero nunca puedo lograr que vaya á abrir la puerta.

— ¡Limpiar los cuchillos y abrir la puerta! dice miss Eva incomodada. En verdad, Rebecca,

que esa es obligacion vuestra y no suya de ninguna manera. Estoi segura de que papá se incomodaria si llegase á entenderlo.... Pero ¿de qué color son sus cabellos?»

Rebecca, que esperaba aprobarse miss Eva sus quejas, no quedó mui satisfecha de esta respuesta, y la contestó con bastante aspereza, que ella tenia otras cosas mas significantes que hacer que divertirse en examinar los cabellos de un jóven.

Miss Eva no hizo mas preguntas; y oyendo á su padre abajo, fue en su busca con la esperanza de hallar allí á Teodoro; pero estaba en el escritorio ocupado en los negocios; de manera que se volvió á su cuarto sin haberle vis-

to , mas esperando satisfacer su curiosidad á la hora de comer. ;Qué extraño instinto el que conduce á descubrir todo lo que se nos oculta , y á hacer todo lo que se nos prohíbe! Mas de una vez el misterio á que se recurre para prevenir un mal , no ha servido sino para provocarle y aumentarle. Seguramente era mui sencillo que un jóven fuese el empleado del padre de miss Eva; pues entonces ¿de dónde procedia el ardiente deseo de verle? Unicamente porque habia sido introducido en la casa con una apariencia de misterio.

Shechem no volvió á comer: miss Eva no podia invitar á Teodoro con decencia, como se lo habia propuesto; y este retardo hizo

mas viva su impaciencia: despues de comer se ocuparon de la música, esperando que acaso cederia una segunda vez al deseo de oírle desde mas cerca.

Eran las seis de la tarde cuando Shechem volvió: Teodoro estaba aun en el escritorio. «He estado á ver á M. Z.... le dice cerrando unos papeles: tú sabrás con placer que es mas feliz que nunca: su muger, tan aturdida, tan loca, tan ligera, ha reñido para siempre con este mundo imprudente y vano, que prostituye su admiracion á la prodigalidad, al mismo tiempo que ridiculiza la economía: sabe que una madre tiene obligaciones que cumplir; y como está unida á sus hijos tanto

como á su marido, ha dejado á este el cuidado de arreglar sus gastos, para no volver á estar espuesta á los antojos ruinosos que tan amargamente se arrepiente haber seguido. El marido por su parte tiene con ella las mas tiernas consideraciones. Su comercio promete volver á estar floreciente, y se entrega á él con mucho mas celo por la dulce satisfaccion de trabajar por la felicidad de su muger y de sus hijos; y lo que no me agrada menos es, que bien pronto se verá en estado de reintegrarme mis empréstitos.

— Segun eso, dice Teodoro con viveza, ¿aun se hace bien sobre la tierra? ¿la beneficencia individual suple á la justicia pública, y sirve

de contrapeso á la masa de las calamidades públicas? Señor, continuó él volviendo al asunto que le ocupaba en este momento, ¿cuántos fardos de algodón sacais del almacén de Goomand y compañía? ¿Bastará esa cantidad?

— Déjate.... veamos.... sí.... basta.... Pero escucha, Teodoro: estoy tan contento del día de suerte que he tenido, que quiero dejar dormir todos los asuntos hasta mañana. Dejémoslo todo á un lado, y tú no me vengas con tu falsa cortedad; pues vas á tomar el the con mi hija. Yo por mí me pasaría sin esas cosas, que miro como supérfluas; pero no hai como tener hijas para hacer gastos inútiles.»

Teodoro se sonrió, y alegrándose interiormente con lo que acababa de oír, aceptó la invitación.

«Vamos, voi á precederte, dijo Shechem saliendo del escritorio; y Teodoro le siguió.

«Te traigo una visita, dijo á miss Eva entrando en su cuarto: recibe á este jóven como un amigo de tu padre.»

Miss Eva, al ver á Teodoro, se puso pálida y sonrosada casi á un mismo tiempo: todos sus esfuerzos para disimular su agitación, no sirvieron sino para hacerla traición, y se vió obligada á sentarse.

Su emoción no podía ocultarse á las miradas inquietas de Ben-

sadí: echó sobre Teodoro una mirada sombría que espresaba una sospecha; pero viendo que este conservaba un aire sereno, y que no habia la mas ligera alteración en su semblante, imaginó que la turbación de su hija era solo un efecto natural en ella á la vista de un hombre que se ofrecia á sus ojos por la primera vez. En esta ocasión fue inducido á error por la presencia de espíritu de Teodoro, que no se habia sorprendido menos que miss Eva, pero que habia sabido reprimirse mas. Sin embargo, no era tan dueño de sí mismo, que no tuviese en su voz y en sus maneras cierto embarazo que el de miss Eva contribuia á aumentar. Shechem discurría en va-

no el medio de adivinar la causa: todo lo que veia mas claro es que estaba bien lejos del placer que se habia prometido tener en esta reunion: miraba alternativamente al jóven y á su hija; y cuanto mas los consideraba, mas creia conocer las simpatías y los síntomas de una secreta inteligencia entre ellos, sin poder sin embargo imaginar de qué manera se habia formado. Poco faltó para mirar á Teodoro como á un pícaro, y arrepentirse de haberle amparado en su casa.

Miss Eva, que se habia esforzado para volver á tomar un poco de valor, procuraba hacer que Teodoro la mirase; mas este, al contrario, hacia por evitarlo, abs-

teniéndose hasta de aquellas miradas y atenciones que el uso mismo autoriza, para no inquietar á Shechem. Luego que tomó el the, hizo presente su sentimiento de no poder estar mas tiempo, por tener que despachar algunas letras importantes, y se marchó.

«Eva, la dijo luego que se quedaron solos: ¡hija mia! ¿en qué consiste que la vista de Teodoro te ha causado tanta turbacion? Confíame los secretos de tu corazon. ¿Podré yo creer que tu firmeza se desvanezca al primer encuentro? ¿Has visto á este jóven antes de ahora?»

El tono de sensibilidad y de ternura que acompañaba á estas preguntas, hizo prorumpir á miss

Eva en lágrimas, y su respuesta se redujo á echarse en los brazos de su padre: este conocia que la costaba mucho trabajo el esplicarse. «¡Cómo! la dice: ¿no puedo yo merecer tu confianza? Ese secreto que guardas, ¿dónde puedes depositarlo con mas seguridad que en el seno de un padre que siempre ha sido y será tu mejor amigo?»

No le fue posible á miss Eva resistirse á tan tiernas instancias; enjugó sus lágrimas, y el deseo de responder á los deseos de tan buen padre, triunfó de su timidez, y renunciando á una reserva de que tenia derecho de ofenderse, le habló en estos términos:

«He hecho mal, padre mio, lo

confieso, en haberos hecho misterio hasta hoi de un acontecimiento que me ha proporcionado conocer á Teodoro. La singularidad de su conducta es una de las causas que me han obligado á callar; pero yo no he podido recibirle tan cerca de mí en el momento en que menos lo esperaba, sin verme vivamente enmudecida; y cuando sepais lo mucho que le debo, espero me juzgareis digna de disimulo: os confesaré tambien, que despues de lo que os he oido decir sobre las cualidades de Teodoro, me ha venido á la idea rápidamente el concepto de que acaso seria aquel que ha merecido con tan justo título mi amistad y estimacion.»

Miss Eva se detuvo: Shechem,

mas y mas sorprendido , la dió un beso en la frente y la estrechó á que continuase.

«Mientras que yo me hallaba en casa de Zandivers , un hombre rico se enamoró ó fingió enamorarse de mí : yo creo que si me hubiese amado de veras , no se habria ostinado en perseguirme , segun el modo con que acogí sus pretensiones , pues le dije que no me era indiferente ; pero no me detuve en declararle , que no obstante su mérito , la religion ponía un ostáculo insuperable á nuestra union , y que él debia limitar sus sentimientos con respecto á mí á la estimacion nada mas , si deseaba complacerme.

«Me pareció que desistia de su

empeño , y desde este momento sus visitas fueron menos frecuentes : ya no se le vió mas en casa del caballero Zandivers , y corrió la voz de que habia dejado el pais , cuya noticia acabó de tranquilizarme ; y libre ya de este recelo , me paseaba frecuentemente sin pensar en hallarle. Un dia , cierta jóven , á quien yo conocia ligeramente , me obligó á dar algunas vueltas en un pequeño monte , situado cerca de la ciudad : era casi de noche y aun nos hallábamos en el mismo lugar : yo me encontré sin advertirlo en la parte mas lejana del monte : mi compañera se detuvo un poco de repente , bajándose para coger flores , y se puso á murmurar una cancion de mo-

da: reflexionando despues, me convencí de que esto era una señal convenida con el odioso Romer (este es el nombre del que aspiraba á mi mano): en efecto, se presentó de repente; di un grito penetrante pidiendo socorro, y me puse á correr con todas mis fuerzas; pero habiéndose agarrado mi vestido de los zarzales, me faltó el equilibrio y me recibió en sus brazos.

«No me acuerdo ya de lo que entonces me dijo: la jóven se habia escapado, y no me quedaba ya mas que mi espíritu para resistir á la violencia: pensé de repente que si podia evitar el caer, escaparia del mas horroroso de los atentados: me lancé hácia un arbo-

lillo, abrazándole con tanta fuerza, que Romer no pudo lograr le soltase: súplicas, amenazas, insultos, todos cuantos medios empleó fueron inútiles: yo le dije que era dueño de mi vida; pero que me defenderia hasta la muerte contra sus violencias. Furioso de mi resistencia, llamó á sus criados, jurando que iba á mandar arrancasen el árbol, y que yo seria conducida á un parage donde todos mis esfuerzos serian inútiles.

«En el mismo instante, antes de llegar los criados, se presentó un jóven: era Teodoro, que apresurándose á correr por entre la maleza del bosque, se habia arañado las manos, el rostro y rasgádose los vestidos: sus miradas lanzaban

el fuego de la indignación: su fisonomía tenía una expresión más que humana: era la virtuosa cólera del hombre de bien, que se abrasa por vengar el honor ultrajado: no habló, pero solo de un golpe tendió á Romer á sus pies.

«Señora, me dice, este monstruo ha perdido el poder de haceros daño: calmad vuestros temores, yo no os dejaré interin no estéis en seguridad.

«La fuerza que me había sostenido hasta entonces, me abandonó; lejos de hallarme en estado de demostrarle mi reconocimiento, me era imposible dar un paso, y me costaba trabajo impedir el no caer.

«Siento, me dijo, veros enmu-

decida: vuestra palidez es estrema: ¿deseais que yo os ayude á marchar? Es esencial que salgamos de aquí antes que lleguen los criados.

«Me tomó en sus brazos, continuó miss Eva poniéndose encendida, y bajando los ojos: yo no podía andar; el temor de que los criados no llegasen, el de que Romer no fuese muerto, y que mi generoso libertador no viese su seguridad comprometida por haberme socorrido, todo esto me hizo perder las pocas fuerzas que me quedaban; me desvanecí en sus brazos.»

Miss Eva se detuvo un momento: lágrimas se veían derramar al sensible Shechem, que se sintió

demasiado afectado para poder interrumpir á su hija.

«Cuando yo recobré mis sentidos, brillaba la luna al través de los árboles; se respiraba un aire fresco que acabó de calmar la turbacion de mis sentidos: siempre en los brazos de mi libertador, sentí caer sus lágrimas sobre mi rostro: de cuando en cuando le oia decir á media voz: ¡oh, Elisa, dónde estás? ¡qué colmo de infortunios!

— ¡Ah, hija mia! exclamó Shechem casi fuera de sí, ¡por qué no estaba yo allí para salvarte!!! ¡Oh, jóven amable, jóven virtuoso!.... Prosigue, prosigue te suplico.

— Yo me esforcé á darle gracias lo mejor que pude por el servicio

que me habia hecho; pero ¿qué reconocimiento habia de demostrar á un hombre que tiene el aire de huir de ellas? En vano yo le supliqué que entrase en casa de Mr. Zandivers para recibir las gracias de mis amigos. — Estoi ampliamente recompensado, me dijo: he arrancado al ultrage la inocencia y la virtud: puede ser que yo haya conservado á alguno toda la felicidad que el hombre puede gustar sobre la tierra: en este momento estoi en peligro de ser descubierto; seria un imprudente si permaneciese mas tiempo en este sitio: á Dios, Señora, plegue á Dios que en lo sucesivo no tengais mas necesidad de semejantes socorros.»

«Todas mis instancias para detenerle fueron inútiles; y se marchó, dejándome una impresion que no se borrará jamas: sus temores sobre el peligro que corria, los atribuia yo á la idea de la muerte de Romer; pero el golpe que este hombre infame habia recibido, no habia hecho sino aturdirle; y desde la mañana siguiente volvió á presentarse al público, ofreciendo una recompensa al que prendiese al pícaro, que segun decia, habia tratado de robarle el dia anterior.

— Pero ¿y Teodoro? exclamó Shechem: háblame de Teodoro.

— ¡Ah! repuso miss Eva, por mi parte poco me resta que decir; pero todo esto es aun en fa-

vor suyo: mis amigos fueron de opinion de no hablar de la violencia que habia intentado Romer, á menos que la seguridad del incógnito, que me habia socorrido, no nos obligase á tomar públicamente su defensa. Confieso que yo formé secretamente deseos de que le prendiesen, para poderle hacer la justicia que merecia, y cubrir al mismo tiempo de vergüenza á su infame enemigo. A mas de esto, era una ocasion de probarle mi reconocimiento y recomendarle á vuestra estimacion. Mis deseos, y los ofrecimientos de Romer quedaron igualmente sin suceso; no se le descubrió: no hubo mas que un paisano que declaró haberle visto andar y ocultarse mas de una vez

(112)

en la espesura del bosque; añadiendo, que durante dos noches seguidas le habia visto sentado á la orilla de un arroyuelo, comiendo pan duro y algunas frutas: esta relacion me hacia acordar de lo que él me habia dicho sobre el peligro á que estaba espuesto: yo concluí diciendo que habia tenido motivos de estar oculto antes del dia en que me habia socorrido; pero no pude jamas resolverme á sospechar que fuese culpable de ningun crimen. Muchas semanas se pasaron, y yo habia perdido la esperanza de volverle á ver, cuando un dia el caballero Zandivers y sus hijas me llevaron á casa de un tal Landorn, juez de paz del canton, que vivia á unas veinte

(113)

millas de distancia, y debiamos pasar tres ó cuatro dias en su casa.

«A la mañana siguiente de nuestra llegada supimos que se acababa de prender en el camino un jóven, acusado de haber dado en pago un billete de banca evidentemente falso; pues el fondista que le habia recibido, tenia uno de igual cantidad con el mismo número.

«Este era un asunto interesante y mui á propósito para picar la curiosidad: seguimos al caballero Landorn á la sala de audiencia, donde estaba ya el jóven en medio de un cierto número de personas, negociantes y otros, que le creian culpable, y le juzgaban entre todos: figuraos cuál seria mi